UN LOCO HACE CIENTO.

COMEDIA

EN UN ACTO EN PROSA

PARA SERVIR DE FIN DE FIESTA:

POR

DOÑA MARÍA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

Y pues no vitupera...
señaladas personas,
quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.

Iriarte, Fábula 1.ª

ACTORES.

Don Pancracio. *Señor Antolin Miguel.*

Don Lesmes, su hermano, Coronel retirado, *Señor Vicente Garcia.*

El Marques de Selva-Amena, *Señor Bernardo Gil.*

Don Hipólito, *Señor Juan Carretero.*

Doña Ines, hija de Don Pancracio, *Señora Josefa Solis.*

Isabel, criada de ésta, *Señora Joaquina Briones.*

Gines y Martin, criados de Don Pancracio, *Señor Agustin Roldan y Señor Ramon Perez.*

UN ESCRIBANO, *SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

La scena es en una sala de la casa de Don Pancracio, con puerta al despacho de éste, y á la habitacion de Inés.

ADVERTENCIA.

La opinion de algunos sujetos, sobre que no podrian hacerse en España composiciones Dramáticas de la clase de la presente, comparables en gracia, invencion y viveza de diálogo, á las que de este género han venido de otros países, y hemos visto traducidas; la preocupacion de que estan imbuidos muchos jóvenes, que sin haber casi respirado el ayre del otro lado de los Pirinéos, vuelven á su patria despreciando todo quanto hay en ella; y haciendo consistir el aprovechamiento de sus viages en el ridículo mérito de vestir, hablar y producirse en la sociedad de un modo extraordinario; y el deseo de que la Tragedia de Ali-Bek tuviese un fin de Fiesta, compuesto por su misma autora, é igualmente original, son los principales motivos que han contribuído á la composicion de esta Comedia. La señora, de cuyas tareas es fruto, protexta senci-

llamente, que no conoce original alguno que haya dado causa á la copia que se expone al público, y que desea logre su aceptacion.

ACTO ÚNICO.

SCENA PRIMERA.

Don Pancracio saliendo de su despacho en trage de peinar: Ginés en la scena.

Panc. ¿Qué hora es, Ginés?

Ginés. Señor, las doce y media.

Panc. Pues vamos pronto; que ya no tardará en venir el Marques, y no quiero que me halle sin peinar.

Arrimando silla, y poniéndole el peinador.

Ginés. ¿Y cómo ha de ser hoy el peinado?

Panc. Bestia: ¿no has visto ayer la lámina, y te pones á peinarme sin haber estudiado ántes el modelo? Vé aquí lo que yo digo: toda la vida sirviendo, y cada dia mas torpe. Si no se te puede tolerar.

Ginés. Señor, vm. perdone. He estado hasta las tres de la mañana haciéndome cargo de aquellas estampas que tienen el letrero encima, que dice... dice... *Costume Parisien*; y tengo en la uña el ayre de aquellas cabezas. Hoy pondrémos el pelo á la caracalla.

Panc. Ya lo he llevado así el otro dia; y en casa de Doña Rita se riéron de mí, porque dicen que parecia mi cabeza la de alguno de esos Santibarati, que venden los Piamonteses. Ya se vé: ¡miseria! No tienen gusto. ¡Ah! Ginés: todavía estámos por conquistar.

Ginés. ¿Cómo es eso, señor? Pues yo he leído, no me acuerdo dónde, que nos han conquistado tantas veces, y tantas castas de gentes diversas...

Panc. ¡Ignorante! ves ahí la prueba de nuestra incivilizacion. Tú eres de los criados Españoles mas instruídos, porque al fin estás á mi lado, y has leído alguna cosa, y mira la confusion de idéas que mezclas. ¿Qué tienen que ver las conquistas que hiciéron en España los Cartagineses, los Romanos, los Godos, los Sarracenos, con lo que yo quiero decir? Mira, bruto: decir que estamos por conquistar, es dar á entender con buen modo, que los Españoles somos salvages. ¿Lo entiendes ahora?

Ginés. Sí, señor, maravillosamente.

Retira silla y peinador.

Pero ya está vm. peinado.

Panc. Pues vé; dí á Mademoiselle, que se prenda con elegancia, aunque no exceda del demi-neg-

ligé, porque ya no puede tardar en venir el que ha de ser su marido.

Ginés. Voy, señor.

Aparte al irse.

Eso de marido, será si el tio quiere. *Vase.*

Panc. ¿Qué vas murmurando entre dientes? Malditos son estos criados de España. Sobre no tener habilidad para nada, siempre responden y gruñen. Pero mi hermano...

Mirando adentro.

Otro majadero. ¿Qué nueva impertinencia le habrá ocurrido para buscarme ahora?

SCENA II.

Don Pancracio y Don Lesmes.

Observando al salir á Don Pancracio.

Lesm. ¡Qué figura tan ridícula! Me alegro de que hayas concluído la grande obra de peinarte, para que puedas oirme despacio.

Irónicamente.

Panc. Será de gran entidad el asunto que vienes á consultarme.

Lesm. Sí: de mucha entidad.

Panc. Pues dí pronto, que estoy de prisa.

Toma silla, y siéntase.

Lesm. Yo no.

Panc. Espero un amigo.

Lesm. Ya lo sé. Al señor Marques de Selva-Amena.

Panc. El mismo.

Lesm. Bien. Yo quiero que me digas: ¿si piensas casarlo con mi sobrina Inés?

Panc. ¿Quién te lo ha dicho?

Lesm. ¿Quién me lo ha dicho? Todo el mundo. No se habla de otra cosa, que de la boda; pero yo no lo creo todavía.

Panc. ¿Y por qué?

Lesm. Porque es un disparate.

Panc. ¡Un disparate!

Lesm. Sí, señor, un disparate; y muy gordo. Hermano mio, las mugeres no pueden tener dos maridos.

Panc. ¡Qué! ¿está casada mi hija, sin saberlo yo?

Lesm. No, señor, no está casada. Pero tú no tienes presente, que está concertado su matrimonio con Don Hipólito, á quien se la ofreciste por esposa ántes que fuera á sus viages; que ha llegado anoche, y que hoy quanto salga á la calle, la primera noticia que reciba será, que le

van á soplar la novia por tus extravagancias. ¿Te parece que está bien visto, faltar así á su palabra un hombre de tu edad?

Panc. A ver el jóven.

Lesm. Ni tú, ni yo lo somos. No hay que engañarse sobre lo que está á la vista. Pero al caso. ¿Será regular que yo consienta, quando pienso que me herede mi sobrina, en que se case con un calavera, solo porque ha estado en París?

Panc. ¡Oxalá hubieras estado tú!

Lesm. ¿Para qué? Para venir lleno de las preocupaciones que tú has adquirido, y abominando como el Marques, nuestra nacion. Sepa vm. hermano mio, que si ella se casa con ese loco, no tiene que esperar un quarto de mi herencia.

Con ironía.

Sería muy bello el destino de un mayorazgo montañes, si diera en manos de dos atolondrados, que lo malgastasen en vestirse ridículamente, y en hacerse insoportables en la sociedad.

Panc. ¡Bella conclusion! Pues, señor Don Lesmes, sepa vm. tambien, que mi hija no necesita heredar el mayorazgo de la Montaña para maldita la cosa. Ella será Marquesa de Selva-Amena á tu pesar; y su marido formará sus maneras,

como debe tenerlas la muger de un jóven, que ha viajado con aprovechamiento.

Lesm. ¿Y Don Hipólito (ya que esa es tu manía) no acaba tambien de llegar de sus viages?

Panc. Sí: pero me acuerdo, de que era ántes de su partida sério, reservado, y acérrimo Español. ¡O! seguramente no habrá sacado partido alguno de lo que ha visto.

Lesm. No sé cómo tengo paciencia para oirte disparatar.

Panc. ¿Pues para qué me oyes?

Lesm. Para ofrecerlo á Dios en descuento de mis culpas.

Panc. Edificante reflexîon.

Levantándose enfadado.

Lesm. Acabémos. Ya que nada te persuade, espera á lo ménos á ver á Don Hipólito, y mira cómo puedes retirar tu palabra.

Panc. ¡O! eso sí: francamente lo veré, se lo diré, conocerá mis razones; y esta noche mi hija Inés será Marquesa de Selva-Amena.

Lesm. Bravo. Que el diablo cargue conmigo, si en mi vida vuelvo á decirte una palabra. *Vase.*

Panc. ¡Jesus! ¡qué bestia tengo por hermano!

Suena una campanilla.

Pero llaman: será el Marques.

Mirando adentro.

Justamente. ¡Cómo ha tomado los ayres extrangeros! Entre vm., amigo, y sea bien venido.

SCENA III.

Don Pancracio y el Marques.

Marq. Amigo, vm. excuse mi tardanza. He sido detenido por esperar á mi Sastre; y como estos oficios de aquí son tan pesados, en vez de llevarme este pantalon á las once, como habia ofrecido, fué á las once y cinco minutos; y luego... ¡vea vm. qué hechura! Esto es abominable. Por mas que le he explicado el corte que da en París aquel famoso Monsieur Pantalonier, el que vive... ya lo conocerá vm. ¡Qué habilidad aquella! Ya se vé; como que ha gastado doce años en el estudio de las matemáticas, y no corta pantalon, que no esté con toda la precision del cálculo. Pero á otra cosa: ¿y Mademoiselle sabe ya que estoy aquí? ¿Se ha puesto la camisa á la estinquerque, y el fichú á la nigromante? ¿Podrémos verla? Ya vm. conoce,

que entre nosotros no ha de haber etiquetas. Sans façon, amigo, sans façon.

Panc. Ahora la haré avisar. Si vm. está impaciente por verla, no lo estoy yo ménos.

Llamándole.

Ginés.

Sale Ginés.

Ginés. Señor.

Panc. Dí á la niña que venga, que está aquí...

Marq. Dígala vm. que está aquí su mas rendido servidor; que estoy encantado de la dicha de haber sido elegido por su...

Panc. Vé pronto.

Ginés se va.

Tregua de cumplimientos.

Marq. Esto no es mas que insinuar mi deber... ¡Ah! sí. ¿Ha dicho vm. á mi futura, cómo me llamo?

Panc. No he tratado de eso. La he dicho que vm. ha estado dos meses en París; que ha estudiado allí el modo de brillar en las sociedades; que tiene todos los ayres extrangeros; que conoce y publíca nuestra ignorancia, y esto debe bastarla. Pues ahí es nada. No, sino la casaría con un hombre que jamas hubiese salido de

aquí, que tuviese, como todos, el pelo de la dehesa, y...

Marq. Vm. piensa con toda la elegancia propia de un hombre, que ha respirado los ayres transpirenaicos. Pero volvamos á mi nombre, que como tengo la desgracia de haber nacido en España, mis padres me hiciéron poner *Agapito*: esto me pone en desesperacion.

Panc. Con efecto, Agapito... Se queda uno pitando.

Marq. Ya vm. vé, que el nombre en negocios de damas, importa mucho. He creído, pues, que me conviene mejor llamarme Monsieur Gapitier. He de deber á vm., que use éste siempre, y no el de Agapito; que á todos interesa: pues su hija de vm. se llamará por conseqüencia Madama Gapitiera, Marquesa de Selva-Amena.

Panc. ¡Bravo! ¡excelente!... Pero aquí viene la novia. No tiene aun las maneras convenientes; pero á cargo de vm. queda el pulir este diamante bruto.

SCENA IV.

Dichos, Doña Inés, é Isabel.

A Isabel al salir.

Inés. ¡Ay Isabel! esto es morir. ¡Que mi padre se haya empeñado en que yo le dé el disgusto de negarme á sus preceptos! ¡Que me haya de poner en precision!...

Isab. Señora, ánimo. Hipólito no puede tardar en presentarse, segun vm. le ha prevenido. El tio lo quiere, y si el viejo no se contenta con un yerno mas loco que el Marques, darle con el Vicario, y adelante.

Miéntras ellas han hablado, se ha estado afectadamente componiendo. Luego se acerca á ellas con muchas cortesías ridículas.

Marq. ¡O! Señorita, estoy encantado al ver la fortuna que se me proporciona en poder ofrecer á vm. mis conocimientos, y mis gracias con mi mano. Vm. será muy feliz. Entre nosotros no puede haber desazones. Hoy nos casamos; pero esto no importa: vm. será dueño de su voluntad, y yo de la mia. Con tal de que vm. se vista

segun mis instrucciones, se porte segun la ciencia que yo he adquirido en mis viages, y tenga la bondad de aprender el idioma frances para que yo no tenga el desagrado de oir hablar en mi misma casa el español, serémos los mejores amigos del mundo. Allons, Madama, esté vm. alegre. ¿Y cómo no se ha vestido vm. mas elegantemente? Ya se vé, estas camareras no tienen delicadeza. ¡O! yo haré venir una gobernanta, que en quatro dias inspirará á vm. el verdadero buen gusto. Yo...

Inés. Caballero, mi padre me ha dicho que debo recibir á vm. por esposo. Creo que su bondad me permitirá resistir este precepto, fundada en la repugnancia...

Marq. ¡Repugnancia! ¡Vah! término de pura formalidad. ¿Y qué importa la repugnancia para una bagatela como casarse? Supongamos que yo no la parezco á vm. bien. Tanto mejor. A bien que despues de casados nos hemos de ver muy poco, aunque vivamos en una misma casa.

Panc. No se canse vm., amigo: ella es dócil, y el exemplo la instruirá mejor que nada. Tratémos de las pequeñas capitulaciones. Ya vm. sabe...

Marq. No hablémos de eso. Madamita llevará lo que vm. guste. Nada de intereses.

Panc. Pero...

Marq. ¡O! no hay pero que valga. Yo no necesito de nada. — Tengo rentas.

Panc. Pero....

Marq. Entiendo. Ropa, la que vm. guste.

Panc. No es eso; sino....

Marq. Criados: guardará madama los que mas le acomoden.

Panc. No, sino....

Marq. Coche, amigo, no puedo por ahora; pero mas adelante....

Panc. Oígame vm. le suplíco.

Marq. ¿Pues yo acaso he interrumpido á vm.? Seré de marmol.

Panc. Digo que la generosidad de vm. no impide, que yo cumpla mis obligaciones. Y á lo ménos no me negará vm. la gracia de recibir dos alhajas preciosísimas, que guardo escrupulosamente desde mi último viage á Francia.

Marq. ¡O! por fineza, pase.

Panc. Voy á buscarlas. Sé que vm. me las ha de agradecer mucho.

A Inés.

Trata á este caballero con agasajo, procurando grangearte su benevolencia. *Vase.*

SCENA V.

Los mismos, ménos Don Pancracio.

Marq. Este padre de vm. es un buen hombre: me agrada; y sabe mas que el resto de nuestra nacion.

Inés. Si; pero no ha aprendido á conocer los hombres, puesto que quiere sacrificarme haciéndome recibir á vm. por esposo.

Marq. ¡Cómo sacrificar! ¿Pues qué encuentra vm. en mí de no convenible?

Inés. Todo. Dexémos la figura, que importa poco.

Hace una pirueta.

Marq. ¿Con qué la figura importa poco? Digo: ¿he?

Inés. Es lo que ménos debe repararse en un hombre. Pero esa insubstancialidad, ese desprecio de todo quanto no ha venido del otro lado de los Pirinéos, esa afectacion ridícula de los ayres extrangeros; y en una palabra, el ningun juicio que vm. manifiesta...

Marq. ¡Soberbio discurso! Estoy encantado de

ver las expresiones que dicta á vm. el amable rubor de la doncellez. ¡Ah! En breve aprenderá vm. á mi lado á desplegarse, y mejorar sus idéas.

Inés. Jamas estaré al lado de vm. Jamas podré sufrirlo.

Marq. Mejor. Despues de casados nos visitarémos con ceremonia. Eso es mas del gran tono.

El Marques se mira al espejo.

Doña Inés á Isabel.

Inés. ¿Oyes esto? ¿Quién no se ha de desesperar?

Mirando adentro.

Isabel. No tenga vm. cuidado, señora; aquí viene el tio.

Queriendo tomarla el abanico.

Marq. Y bien, ¿se va vm. suavizando?

SCENA VI.

Don Lesmes y dichos.

Inés. Déxeme vm. en paz, hombre insensato.

Marq. Esa es bella palabra.

Don Lesmes al salir.

Lesm. ¿Aun no ha venido Don Hipólito? Si supiera que estaba el Marques, no me hubieran visto el pelo. Pero ya que estoy aquí, verémos si puedo hacerle conocer la razon.

Al Marques.

Caballero, beso á vm. la mano.

Marq. Soy de vm. sin cumplimientos. Vm. supongo que me favorece. Creo que su amor á la señorita le hace acreedor á participar de nuestras felicidades. Hoy unirá himenéo la dama mas preciosa de España al hombre mas digno de ella. Digo mas digno; porque nadie como yo pudiera obsequiarla, instruirla, merecerla, mejorarla, ni divertirla. Porque, amigo, al fin he estado dos meses en París: he visto, observado y aprendido lo mejor de todo lo mejor, pues todo lo mejor se encierra allí; y de ello he sacado una quinta-esencia, que me hace el primero... ¿qué es el primero? el único entre nosotros merecedor del enlace de Madamita.

A ella con afectacion.

¿Qué tal? ¿qué tal? ¿Ha oido vm. qué modo de eslabonar (tourner se dice en francés, y explica mas) un discurso y un cumplimiento?

Inés. He visto que vm. no tiene cura. Y si no fuese porque espero que mi tio no permitirá mi sacrificio, preferíria la reclusion de un claustro al tormento de dar á vm. la mano.

Marq. Pero eso es ya demasiado fuerte. Vm. no puede en buena educacion tratarme con aborrecimiento. No importa que vm. me aborrezca: el caso es no darlo á entender. Es preciso algo mas de civilizacion. ¡O! yo, yo pondré á vm. en quatro dias igual á las primeras legisladoras del gran tono.

Inés. Vm. jamás será cosa alguna mia.

A Don Lesmes.

Yo no lo puedo sufrir: me retiro. Por Dios, hable vm. á mi padre: recuérdele su antiguo contrato; y evite, si me ama, la mayor desgracia que puede sucederme.

Se va con Isabel.

SCENA VII.

Don Lesmes y el Marques.

Lesm. Pero, ¡válgame Dios! Señor Marques, ¿que un hombre como vm., que se dice tan instruído, se empeñe en llevar adelante este matrimonio,

conociendo la repugnancia de mi sobrina? No sería mejor que vm. cediese, y...

Marq. ¿Qué llama vm. ceder? ¿y por qué no ha de gustar de mí madama Inés? ¿quién se lo ha dicho á vm.? ¿cómo? ¿por dónde se puede imaginar? ¿sabe vm. lo que ha dicho? ¿no gustar de mí? ¿repugnancia á unirse conmigo? Hombre, vm. es un torpe, un hombre sin discernimiento. Ve vm. mi modo de vestir, mi modo de hablar, mi alegría, mis maneras, mi todo; pues todo es aprendido entre gentes; sí, entre gentes que son la verdadera ciencia. ¡Repugnancia! Vaya, vm. está muy atrasado.

Aparte.

Lesm. No sé cómo tengo paciencia.

A él.

Quando todo eso fuese así, esto es, quando la ciencia universal estuviese vinculada en esas gentes, ¿bastaria para haberla vm. adquirido el haber estado dos meses entre ellas? Y si no ¿qué ha hecho vm. en esos dos meses?

Marq. Toma, ¿qué he hecho? He freqüentado mucho los teatros: he leído muchas novelas: me he perfeccionado en hablar el francés: he concurrido á aquellos brillantísimos paseos: he vi-

sitado los mejores sastres y modistas: he acudido de contínuo á los cafés; y últimamente, amigo, he dicho mucho mal de mis majaderos paisanos.

Lesm. Si todos los que salen á viajar son como vm., no es extraño tengamos esa fama. Veo que es tiempo perdido empeñarse en desengañar á vm. del fanatismo que se le ha metido en la cabeza, y le ha ayudado á perder la poca que manifiesta haber tenido siempre; pero á lo ménos quisiera, si fuese posible, que vm. me dixese, ¿quál es la gran diferencia que la naturaleza puso entre el Español y el Extrangero, de que necesariamente ha de provenir la enorme ventaja, que segun vm., y otros semejantes, los distingue de nosotros?

Marq. Hombre, ¿ahora duda vm. eso? Una verdad tan patente no necesita pruebas; pero para demostrarla en pocas razones, observe esa ventaja en solo un punto bien obvio. Vm., y todos ven la dificultad que cuesta á qualquier Español aprender á hablar francés; pues mire vm., en París qualquier chiquillo de tres ó quatro años lo habla corrientemente. ¿Qué dirá vm. de este prodigio, he?

Sonriéndose.

Lesm. ¿De quatro años hablan el francés?

Marq. Sí señor, el francés, el francés.

Lesm. ¿Pues habian de hablar el griego?

Marq. ¡El griego de quatro años!

Aparte.

Lesm. Está loco enteramente.

A él.

Pues ese sería el milagro; porque lo demas es hablar los niños su lengua, como nosotros la nuestra.

Marq. Vm. no lo entiende. Yo veo en esto solo la particular instruccion que allí se alcanza.

Lesm. Vm. puede verla, y yo abandonarle á su modo de pensar. Pero lo que no puedo es dexar de suplicarle de nuevo que cese en el proyecto de la boda; porque, vm. no se canse, mi sobrina Inés jamás será su esposa.

Marq. ¿Cómo no? Su padre me la ha ofrecido.

Lesm. Pero contra su gusto; y si consiente, yo la desheredo.

Marq. Eso no importa nada.

Lesm. Mire vm. bien en qué se empeña, porque no faltará quien lo estorbe.

Marq. ¡O! si es por punto de honor, estoy pron-

to . . . á la punta de la espada.

Aparte.

Lesm. Este quiere que yo le rompa la cabeza.

A él.

No se trata de eso. Si fuese menester, vm. encontraria quien aceptase su propuesta.

Haciendo lo que dicen las palabras siguientes.

Marq. ¿Y quién? Ahora, en el instante, en el momento. Voy á buscar espada. Salgo al campo, me pongo en guardia, me tiran la estocada de una, dos: paro en tercia, y contra: respondo; zas, lo herí, cayó la primera sangre: está acabado el desafio, me vuelvo á casa, celebro la boda, y...

SCENA VIII.

Don Pancracio y dichos.

Panc. ¿Qué ruido es este? ¿por qué da vm. voces, señor Marques?

Limpiándose el sudor.

Marq. ¡O! por nada, por nada. He dado al señor Don Lesmes una prueba de mi ciencia de armas. Salí al campo, hubo motivo, le herí, y ya somos los mejores amigos del mundo.

Lesm. Hermano, este hombre delira. Oyeme una palabra.

Panc. Ahora no puede ser, porque tengo que evacuar con el señor cierto asunto. Mañana...

Lesm. Mañana no será tiempo. Y quizá lo que tengo que decirte, tiene mucha conexîon con el asunto de este caballero.

Panc. Pues dílo, y sea breve.

Lesm. Sí seré. Tu hija no gusta del señor.

Panc. Eso ya lo sé.

Lesm. ¿Lo sabes, y estás resuelto á casarla?

Panc. Sin recurso: ella ha de obedecerme.

Lesm. Su inocencia, y sus virtudes la hacen acreedora á que no se la violente, y tu palabra está empeñada con Don Hipólito.

Panc. ¿Y bien?

Lesm. Es preciso que suspendas la boda hasta hablar con él, y si la quiere...

Panc. Llega tarde: estoy ya decidido, y mi hija se casará con el Marques.

Lesm. Primero se la ofreciste á Don Hipólito, y el gusto de mi sobrina...

Panc. Llega tarde, te digo; y aunque no llegára, jamás mi hija sería para un hombre, que seguramente no tendrá las maneras del señor.

El Marques hace profunda cortesía.

Lesm. Todo hombre es ciudadano del mundo; en todas partes puede instruirse, y formar su espíritu. Yo pienso...

Panc. Tú piensas como los que no han visto otra cosa. El señor y yo sabémos por experiencia, que no todos pueden aprovecharse de las bellezas de los paises extrangeros, y sacar partido.

Lesm. Pero...

Marq. Pero; no se canse vm., hombre: jamas se vería en París una importunidad de esta clase.

Panc. Es asunto concluído. ¿Tienes mas que decir?

Lesm. Tengo solo que prevenirte, que hay remedios contra la violencia, y que yo sabré buscarlos.

Panc. ¿Cómo? ¿cómo? ¿amenazas á mí? ¿tú te atreves á insultarme?

Lesm. Yo te juro que tomaré mis medidas para estorbar que se le falte á Don Hipólito, y se atropelle la voluntad de mi sobrina. *Vase.*

SCENA IX.

Don Pancracio y el Marques.

Panc. Anda con mil santos.

Al Marques.

Amigo, vm. disimule este enfado. Al fin criado en la Montaña. Volvamos á nuestro asunto.

Marq. ¡O! Señor: vm. es dueño de tratarlo, quando, y como guste.

Panc. Mil gracias. Aquí traigo á vm. dos alhajas, que le presento en nombre de la novia.

Marq. Soy muy sensible á la bondad de vm. ¿Y qué son?

Sacando un frasquito con agua.

Panc. Este es un frasquito en que conservo agua del gran rio Sena, cogida por mi mano junto al puente nuevo en París.

Tomándolo.

Marq. ¡O tesoro! ¡ó agua preciosísima! Yo te estimo, te admiro y te venero: á tí, que solo corres por aquel pais de bendicion. No te desdeñes de venir á poder de un Español, que aunque lo es por naturaleza, no por gracia ni deseo.

Sacando un botecito.

Panc. En este botecito presento á vm. igualmente un poco del lodo de aquella capital de Francia, que ha dado nombre á tantos vestidos de petimetres, y que ha enriquecido á tantos mercaderes.

Tomándolo.

Marq. Ven á mi poder, maravilla exquisita: observe vm., amigo, qué será un país, donde hasta del lodo se saca fruto para la industria, y fomento para el comercio.

Panc. Conservaba tambien una bolita de excremento de ánade, cuyo color tambien estuvo mucho tiempo de moda; pero habiéndola sacado un dia de la caxita en que la guardaba, para observar si padecia alguna alteracion, la dexé sobre la mesa de mi despacho, y por la noche los malditos ratones hiciéron un banquete con mi alhaja.

Marq. ¡Dichosos animales!

Suena una campanilla.

Panc. Pero llamáron. ¿Quién vendrá ahora á interrumpirnos? *Sale Ginés.*

Gin. Don Hipólito pide permiso para ver á vm.

Panc. Dile que no estoy visible.

Gin. Señor, vienen con él sus criados, que traen varios regalos de París para vm.

Panc. ¿Qué dices, hombre? Voy corriendo á recibirlo.

Al tiempo de salir entra Don Hipólito y sus criados con dos cofres. Don Hipólito abraza y besa á Don Pancracio.

SCENA X.

Don Hipólito y dichos.

Hipol. O Monsieur Don Pancracio, ó mon ami, serviteur tres-humble.

Haciendo afectadas cortesías.

Al Marques.

O Monsieur le Marquis,

Abrazándole y besándole.

Je suis ravi de rivederlos.

Panc. ¿Cómo? ¿tambien habla vm. en italiano?

Hipol. Oui. Esto es para la musíca. Me soy acostumbrado tanto á estos idiomas, que apénas podré encontrar parolas con que explicarme en español.

Panc. Yo estoy tambien arrebatado, ravi como vm. dice, de ver los talentos que ha desplegado.

Al Marques.

¿Cómo lo encuentra vm., Marques, con tan bellas adquisiciones?

Marq. Charmant.

A Don Pancracio.

Hipol. Mon ami, reciba vm. de mi afecto todo

el aparato nupcial que viene en esos cofres modelado por las cabezas mas inteligentes de los paises extrangeros, y mas en gran tren. Pero á propósito de tren. ¡Qué carroza traigo en figura de globo aerostático tirada por dos panteras!...

Panc. Hombre, ¡dos panteras!

Hipol. Sí señor, panteras. Así se llaman modernamente los caballos pios. ¡O! hasta en esto de los nombres se han hecho maravillosos descubrimientos. A propósito de descubrimientos.

A Ginés.

Garzon.

Gin. ¡Ola! Ya soy garzon.

Hipol. Trae un vaso.

Se va Ginés.

Y vosotros

A sus criados.

abrid esos cofres para que Monsieur Don Pancracio vea lo que contienen, y disponga de ello á su gusto.

Los criados abren los cofres. Ginés sale con un vaso.

Panc. Vaya, estoy loco de contento.

Ginés. Aquí está el vaso.

Sacando un frasquito con vino blanco.

Hipól. Prueben vms. un trago del precioso vino de cotorrotí.

Marq. ¡Qué nombre tan elegante! Se parece el color al del vino de grave.

Despues de haber bebido.

Panc. ¡O! no. Esto es otra cosa. Beba vm., Marques: es delicioso.

Despues de beber.

Marq. ¡O! cierto. Tiene un gusto á fresa.

Hipól. ¡Ignorancia! No sabe sino á cotorrotí.

Marq. y Panc. Sí, sí, á cotorrotí.

Hipól. ¿Pero y Mademoiselle? Hágala vm. avisar que está aquí su esposo.

Panc. Voy al instante.

Deteniéndolo.

Marq. ¿Cómo? ¿se olvida vm. de su palabra?

Panc. ¿Y vm. no tiene presente que ántes estaba comprometido con mon ami Don Hipólito? ¿Y cómo me ha puesto mi hermano, no hace mucho tiempo, porque prefería á vm.?

Marq. Pero vm. no obstante....

Panc. ¡O! Don Hipólito trae vino de cotorrotí.

Vase.

SCENA XI.

Don Hipólito y el Marques.

Marq. Pero Don Hipólito, hombre, vm. me trastorna. Yo debia esposar á Mademoiselle esta noche, y no es regular que por su venida....

Hipól. Fi, donc, Marques. Mi boda puede proporcionarla mayores ventajas, y si vm. desiste de su pretension, le ofrezco iniciarle en todos mis conocimientos, y hacerle maestro en todas las últimas costumbres extrangeras. Por exemplo, vea vm. mis calzones. Vm. está en prensa con su pantalon estrecho; yo con el mio ancho estoy mas de moda, y mas cómodo. Hace mucho tiempo que se ha descubierto en Olanda quánto perjudica la estrechez al desarrollo de las formas. Ultimamente, ofrezco á vm. por esposa á mi hermana, que no sabe una palabra del español, porque se ha criado en Francia; y si yo pudiera casarme con ella, no se la cedería á nadie.

Marq. Verdaderamente, Don Hipólito, es vm. un caballero obligante, y sus maneras no me dexan arbitrio para insistir en mi solicitud. Yo

cedo gustoso el derecho que puedo tener á madama Inés, y espero con impaciencia la mano de su señora hermana de vm. Ahora mismo voy á avisar al Escribano para que ponga en el contrato nupcial el nombre de vm. en lugar del mio, y por este medio se acorten dilaciones.

Se va, y vuelve desde el bastidor con precipitacion.

Pero, Don Hipólito, dígame vm. ¿cómo podré yo presentarme aquí esta noche con este antiguo trage enmedio de la concurrencia, sin parecer desairado al lado de la elegancia del de vm.?

Hipól. Eso es fácil de remediar. Lo mas notable son los calzones.

Va al cofre, y saca un pantalon ancho carmesí, con galon muy ancho de papel dorado.

Vea vm. aquí unos bien de moda, color de agonía de toro, con que puede excitar la admiracion de todos los concurrentes, si me hace el honor de aceptarlos en mi nombre.

Tomándolos, y mirándolos.

Marq. ¡Gran mercí! ¡O! son maravillosos. Voy á ponérmelos á casa, y vuelvo luego, que avise al Escribano. A Dieu, moncher.

Lo abraza, y lo besa.

Hipól. A Dieu, mon ami.

El Marques se va baylando con los calzones.

A sus criados.

Idos vosotros á casa, y volved dentro de una hora.

Se van los criados.

SCENA XII.

Don Hipólito: despues Doña Inés y Isabel.

Hipól. ¡Válgame Dios! ¡quánto me cuesta este fingimiento! ¿Es posible que para conseguir la mano de mi amada Inés, merecida por mi constancia, y ofrecida á mi honradez por un hombre formal como Don Pancracio, porque él se ha vuelto loco, tenga yo que parecerlo? ¿Qué dirá mi amigo Don Lesmes, si no puedo descubrirle mi estratagema ántes que nos veamos en público? Pero Inés.... ¡O vida mia!

Se adelanta á recibirla.

Sale Doña Inés y Isabel.

Inés. ¡Querido Hipólito! ¿Será verdad que puedo

volver á tu vista con el dulce nombre de esposa tuya?

Hipól. Sí, bien mio; ese título tan deseado me hace superar la repugnancia que tengo á parecer fatuo algunas horas.

Inés. Estas pocas horas aseguran nuestra dicha perpétua. La preocupacion de mi padre, sin este fingimiento, jamás hubiera cedido, y yo sería víctima de un capricho despreciable.

Hipól. Pero tu tio, mi buen amigo Don Lesmes....

Inés. Dexa á mi cargo enterarle de tu conducta. Quando sepa que por mi consejo te vales de esta astucia, él mismo la apoyará por el deseo que tiene de verme feliz.

Mirando adentro.

Isabel. Vuelva vm. á tomar sus maneras postizas que vienen los viejos.

SCENA XIII.

Don Lesmes, Don Pancracio, y dichos.

Al salir á Don Pancracio.

Lesm. Vaya; si no lo veo, no lo creo.

Panc. Pues ven, y lo verás.

A Don Hipólito.

Don Hipólito, aquí tiene vm. á mi hermano, que no quiere persuadirse á que vm., conociendo nuestra barbarie por la experiencia de sus viages, se propone civilizar la España, teniendo yo la fortuna de que empiezen sus lecciones por mi familia.

Lesm. Verdaderamente, amigo mio, que no sé qué discurrir al ver á vm. con ese trage tan extravagante. ¿Será cierto?....

Hipól. ¡O mon amí! Dexe vm. de ponerse en ridículo, dudando de las ventajas que he adquirido en el giro de mis viages. He perdido aquella necia predileccion por las máxîmas de nuestros antiguos: he aprendido á cuidar de mi persona, y la sé adornar con elegancia: ya no me explico con la sencillez ridícula que lo hace todo el mundo: he abjurado los restos góticos que veneran los Españoles; en una palabra, me he refundido de modo, que solo aparece en mí la ilustracion extrangera. Vm. será instruido, y recibirá en prueba de mi afecto una magnífica pelúca de nueva invencion hecha de pelo de erizo.

Lesm. Un demonio recibiré. Cáspita, y qué regalo. Vaya, que estamos medrados con los via-

geros. Guarde vm. su peluca para mi hermano, que es mas digno de ella; que yo ahora mismo voy á disponer mi equipage, y ajustar un coche que me lleve á la montaña, ántes que por loco vaya con vms. á Zaragoza.

Quiere irse.

Deteniéndole.

Panc. Pero mon frere.

Lesm. Mon diablo.

Hipól. Mon ami.

Lesm. Mon tronera. No me hable vm. una palabra en su vida. En buena cabeza habia yo puesto mi confianza. No, no; el quarto que hereden de mí que me lo claven con un clavo timonero en la frente. *Vase.*

SCENA XIV.

Los dichos, ménos Don Lesmes.

Panc. No haga vm. caso, Don Hipólito. Si se va, buen viage; no lo necesitamos para nada.

Hipól. Pero no obstante, si por mi causa priva á esta señorita de sus bienes, y de su estimacion, sentiria.....

Inés. No lo sienta vm. Yo solo pienso en obedecer á mi padre. En quanto á mi tio, le hablaré ántes que disponga su partida, y espero que conozca la razon, y aprecie á vm. segun su verdadero mérito.

Panc. Niña, llévate el vestido que te trae Don Hipólito para esta noche, y procura que Isabel, y los otros criados se adornen mas á la extrangera, y que vayan á llamar un Escribano.

Llamando.

Garzon.

Ginés saliendo.

Ese soy yo.

Sacando del cofre una camisa de red con los agugeros muy grandes, y dándola á Doña Inés; y para la criada un saco, ó citoyen ridículo galoneado.

Hipól. Para todos vienen trages al carácter en este cofre. En quanto al Escribano, el Marques fué á decirle que extendiera el contrato, poniendo mi nombre en lugar del suyo, y no puede tardar en venir.

Panc. Segun eso, se ha convencido. Si era preciso.

A Isabel.

Isabel, dí á tus compañeros que vengan aquí para que se vistan segun les diga Don Hipólito, y tú ve, hija mia, no perdamos tiempo.

Inés. Voy al instante.

Se va con Isabel, que lleva los vestidos.

SCENA XV.

Don Hipólito, y Don Pancracio: despues Martin.

Yendo al cofre, y sacando un vestido guarnecido de letras de papel dorado que digan, Un loco hace ciento.

Hipól. Reciba vm., mon ami, un vestido á la telegráfa, que es digno de un soberano.

Panc. ¡O favor! un vestido á la telegráfa. Vaya, la fortuna se ha entrado de rondon por mi casa.

Poniéndose el vestido.

Hipól. Observe vm.: todo el alfabeto está en la greca de la garnitura.

Panc. Hombre déxeme vm. ir por todos los espejos que hay en casa para saciar un poco el deseo de considerar esta maravilla á mi placer.

Se va con el vestido puesto mirándose.

Martin sale por otra puerta.

Hipól. Ginés, en ese cofre hay vestidos para tí y tu compañero. Elige los que quieras, miéntras yo voy á ver si logro apaciguar á Don Lesmes.

Vase.

Sacando del cofre unas levitas muy cortas, y calzones anchos guarnecidos con papel dorado, corbatas grandes, y pelucas.

Mart. Ginés, ¡quánto oro tienen estos sacos!

Ginés. Hombre, yo he visto en algunas óperas trages muy parecidos á estos. ¿Pero qué hay en esta faltriquera? Grande hallazgo: un espejito pequeño.

Registrando tambien su faltriquera.

Mart. Aquí parece que hay otro. Con efecto. ¡Qué exceso de prevencion!

Ginés. Aprovechémonos de ella para ponernos estas sábanas al pescuezo.

SCENA XVI.

Los criados vistiéndose, y mirándose ridículamente al espejo. El Marques sale: trae puestos los calzones anchos que le dió Don Hipólito.

Marq. Todo Madrid me ha seguido hasta la puer-

ta de esta casa penetrado de admiracion. Hasta los chicos me prodigaban sus aclamaciones. ¡O virtud de la moda!

Repara en los criados.

¡Ola! bravo, muchachos: soberbios vestidos, magníficas pelucas. Pero tú, Ginés, te estás estirando esa corbata que debe estar menudamente plegada á manera de camisolin de plata-forma.

Ginés. Si vm. me hiciera el favor de tenerme este pequeño espejo, entónces....

Tomando el espejo.

Marq. Si, si; me intereso en tus lucimientos, como criado que puede hacer honor á la nacion.

Llamando desde adentro.

Lesm. Ginés, Martin.

Mart. Sí, á la otra puerta.

Alto.

Ginés. Ahora no podemos ir.

SCENA XVII.

Don Lesmes muy enfadado, y los dichos.

Lesm. Pícaros. ¿Qué se entiende no podemos ir quando yo llamo? Veamos si mi baston os aligera las piernas.

Va á darles, y el Marques lo detiene.

Marq. ¿Qué va vm. á hacer, mon ami? ¿quiere vm. impedirles que contribuyan á la brillantez del mariage?

Lesm. Maldito sea el mariage. Quiero que vayan al instante á buscarme un coche de camino para irme á mi tierra, y salir de esta casa de locos. Todos, todos han perdido la chaveta. Mi hermano anda dando vueltas á los espejos con un maldito vestido guarnecido de letras de carteles de toros: mi sobrina, hecha una cigüeña, metida en una red de cazar pajaros: la criada envuelta en un saco con dos libras de almazarron en la cara, y una pieza de tafetan inglés repartida en lunares. Llamo á los criados, no me responden: salgo á buscarlos, los encuentro vestidos de máscara, y á vm., que parece un pelele de carnabal. Vaya, no sé lo que me pasa. Tenia fundadas mis esperanzas en Don Hipólito, y viene rematado. El me anda persiguiendo para hablarme; pero yo no he querido oirle una palabra. Lo tenia por hombre de juicio, y por eso no queria que Inés se casase con vm.; pero ahora....

Marq. Ahora, aunque me la viene á ofrecer...

Lesm. ¿Qué dice vm. hombre?

Marq. Sí señor; lo conozco.

Lesm. ¿Yo ofrecer á vm. mi sobrina?

Marq. Sí señor. ¿Para qué son rodeos? Llega vm. tarde. Estoy comprometido.

Muy enfadado.

Lesm. Vaya; yo rebiento de cólera.

Marq. Sí señor, comprometido. Una señorita criada en Francia anhela mi posesion.

Lesm. Un diablo que cargue con vm.

Marq. Vamos; no hay por qué sofocarse tanto. No es culpa mia, si vm. llega tarde.

Lesm. Ya verá vm. si llego á tiempo de romperle la cabeza.

Marq. Hombre, hombre, acuérdese vm. de lo que le ha sucedido no hace mucho, y si se me atreve porque estoy sin florete....

Lesm. Tampoco yo lo tengo, pero de puño á puño....

Marq. No; eso es á la inglesa. No me gusta.

En accion de darle.

Lesm. A mí sí.

SCENA XVIII.

Dichos, y Don Hipólito, que detiene á Don Lesmes.

Hipól. ¿Qué va vm. á hacer, amigo mio?

Lesm. No mas que un agugero en la mollera del Marques, por donde le entre la claridad, para que no interprete mis palabras. Cáscaras, y qué pesado es el monuelo, y qué insolente.

Hipól. Pero por Dios, señor Don Lesmes, serénese vm., y ya que no ha querido oirme, lea ese papel para que se tranquilice. Se lo pido en nombre de nuestra antigua amistad.

Lesm. ¿Vm. se atreve á recordarla? Pero veamos,

Tomando el papel.

y será mi última condescendencia.

Hipól. Marques, venga vm. aquí, verá varios figurines nuevos, que Don Lesmes, en leyendo esas remarcas sobre la preocupacion, se convendrá á nuestras ideas.

Se lo lleva al foro, y lo entretiene en tanto que Don Lesmes lee.

Mirando el papel.

Lesm. Esta es letra de Inés. *Lee.* "Querido Hipólito, mi padre, temeroso de que llegues á „tiempo de reclamar mi mano, y mi amor, me „obliga, á pesar de la oposicion de mi tio, á „quedar desposada mañana á la oracion con el „Marques de Selva-Amena, fundándose solamente en el mérito de sus extravagantes vestidos, y en el desprecio que hace de nuestra „patria. Venzamos esta preocupacion por medio „del artificio, preséntate mañana á mi padre cargado con todas las ridiculeces de un jóven viagero aturdido, y por pocos instantes de fingimiento tienes segura la posesion de tu fiel amante. Inés."

Habla.

Quando las muchachas estan enamoradas, y se ponen á discurrir, son el demonio. Don Hipólito, ¿vm. me asegura la certeza del contenido de este papel?

Hipól. Yo lo afirmo baxo mi palabra de honor.

Guardando el papel.

Lesm. Basta. Estoy convencido, y quiero divertirme en la boda. ¿No hay un vestido para mi?

Hipól. ¿Pues habia de faltar? Vea vm. qué uniforme de campaña.

Sacando del cofre una casaca corta ridícula.

Poniéndosela.

Lesm. ¿Y la peluca de erizo?

Sacando una peluca con el pelo muy encrespado.

Hipól. Aquí está.

Lesm. Supongo que el pelo estará de modo que la suavidad no me penetre el cráneo.

Hipól. Ciertamente.

Marq. ¡Quánto me encanta que vm. conozca la razon!

Con ironía.

Lesm. Sí señor, la conozco; y quiero tener parte en su triunfo.

SCENA XIX.

Los dichos, Don Pancracio, Doña Inés é Isabel, vestidos como se ha dicho en las scenas antecedentes.

Mirando á su hermano.

Panc. Bravo, hermano mio. Al fin te has conven-

cido, segun veo, de que mis idéas son brillantes.

Lesm. Sí, Pancracio; Don Hipólito, y mi sobrina son dos genios incomparables para perfeccionar una reforma.

Inés. ¿Con que ya sabrá vm., querido tio....

Lesm. Sí, sobrina; ya he visto tus observaciones por escrito.

Panc. ¡Cómo! ¿Has empleado tu pluma en favor del buen gusto?

Lesm. Sí, hermano. Despues lo sabrás todo.

SCENA XX.

Los dichos y un Escribano vestido de negro.

Escrib. A Dios, señores. ¡Jesus! ¡qué extrañas figuras! A que no es aquí donde yo vengo.

Marq. Sí señor, aquí es. Vm. traerá el contrato para la siñatura.

Escrib. Creo que sí; aunque no entiendo mucho lo que V. S. me dice. Traigo la escritura matrimonial de Doña Inés de Rivera con Don Hipólito Fernandez, cuyo nombre me mandó V. S. poner en lugar del suyo; pero extraño ver....

Acercándose al Escribano.

Hipól. No hay nada que extrañar. Acabe vm. de

formalizar el contrato, y que firmen estos señores, mientras yo me retiro á esta pieza, y me visto como conviene para celebrar mi dicha.

Aparte al Escribano, poniéndole un bolsillo en la mano.

Haga vm. lo que le digan, y hable como le hablaren, pues dice el proverbio: donde quiera que fueres, &c.

Vase sacando del otro cofre un vestido que se lleva.

Escrib. Sí señor; haré lo que me manden, y hablaré como vm. quiera. Este caballero tiene un modo tan enérgico de enseñar los idiomas,

Guardando el bolsillo.

que en un instante lo aprenderian todos los Escribanos del mundo si lo tuviesen por maestro.

Arrimando silla á la mesa donde está la escribanía.

Marq. Venga vm., y siéntese Monsieur le Notario.

Se sienta el Escribano, y saca la escritura. El Marques la mira, y dice.

¡O! qué bello carácter de letra mercantil.

Escrib. Favor de V. S.

Escribe.

Ante mí.

Panc. Hombre, qué lástima que no se pudiera poner esa expresion en francés.

Escrib. Ya nos contentaríamos los de la facultad con poder á lo ménos extender las escrituras en latin. Esto de ser en castellano nos perjudica mucho quando queremos dexar el sentido incomprehensible. ¿Y quántas veces tenemos que consultar los abogados, para que nos ayuden á ponerlas de modo que se puedan interpretar segun las circunstancias?

Aparte.

Gin. Así va ello.

Lesm. Si vm. se detiene, extenderá tambien la donacion que quiero hacer á mi sobrina de todos mis bienes.

Escrib. Si no fuese hora de comer, con mucho gusto; pero volveré despues.

Panc. Eso no importa, comerá vm. con nosotros.

Marq. Sí señor, dinará vm. aquí; y si no quiere sentarse á la mesa, formando un contraste lúgubre con ese vestido opaco, verémos si ha quedado en este cofre alguno que le esté bien.

Sacando del cofre una bata y un gorro muy ridículo.

Con efecto, vea vm. qué soberbia ropa de chambre.

Levántandose, y señalando la escritura.

Escrib. Voy allá. Señores, firmen vms., dexando este blanco para que lo haga Don Hipólito.

Mientras firman Don Pancracio y Doña Inés, el Escribano se pone la bata y el gorro.

Veamos. ¡O! es magnífica.

Aparte poniéndosela.

Pillemos, sea lo que fuere: aunque me vistan como les dé la gana, yo no he de salir así á la calle, y entre esta familia no puedo parecer muy ridículo. Sobre todo, donde quiera que fueres, &c.

Al Escribano despues de haber firmado.

Panc. Hombre, merece vm. en ese trage sentarse á la mesa del Emperador del Gran Mogol.

SCENA ULTIMA.

Los dichos, y Don Hipólito vestido regularmente de militar con espadin.

Panc. Pero, mon ami, ¿vm. en ese trage gótico?

Aparte.

Lesm. Ahora los quiero oir.

Marq. ¿Qué, es esa la última moda?

Hipól. Voy á firmar, y responderé á vms.

Acercándose á la mesa.

Escrib. Sí señor.

Firmando, y guardando despues el contrato.

Hipól. Hipólito Fernandez. Ahora que tengo asegurada mi dicha, puedo decir á vms. que mi vestido es conforme á mi carácter, y que los suyos no son de moda en parte alguna.

Panc. ¿Qué dice vm.? ¿pues y mi guarnicion á la telegráfa?

Hipól. Si vm. hubiera leído lo que dice, habria conocido mi intencion.

Acercándose.

Marq. ¿Pues qué dice?

Arrimándose tambien.

Lesm. Veamos.

Leyendo el un lado de la casaca de D. Pancracio.

Marq. Un loco...

Leyendo el otro.

Lesm. Hace ciento.

Riéndose.

Todos. Un loco hace ciento.

Marq. ¡O! ¡qué bello título para una petite-piece!

Panc. ¿Cómo? ¿vm. burlarse así de un hombre de mis conocimientos?

Hipól. Oígame vm., le suplico. Mi intencion ha sido corregir su fanatismo, que le precipitaba al exceso de sacrificar su palabra, y su propia hija, á una preocupacion ridícula. Desengañémonos, amigo; todas las naciones tienen su mérito en las artes y en la ilustracion: no es mi ánimo ahora decidir por quál está la ventaja; pero ¿por qué los Españoles preocupados han de negar á su patria las que le concede la naturaleza, y aprecian los mismos extrangeros? No es, no, contra ellos esta útil leccion: venero sus luces y sus talentos, que hasta el mismo Marques si, como dice, hubiera estado en París, y tratado los verdaderos hombres sensatos, conoceria con otro aprovechamiento muy diferente.

Marq. Vaya; bien, ¿y qué? Si no he estado en París, no importa: he estado en una aldea corta de la frontera, y el haber respirado aquel ayre, me ha civilizado, acicalado, y compuesto de manera, que donde quiera que yo me presente, seré el objeto de la comun celebridad. Miren despues de tantos circunloquios salir con que

no he estado en París. ¿Y por dónde lo sabe vm.?

Hipól. Su primo de vm., que detesta esas puerilidades, y en cuya casa estuvo vm. en Oloron, me lo dixo; asegurándome que habia celebrado mucho que no se proporcionase el seguir su viage, porque temia que iba vm. á hacerse risible fuera de su pais, como lo ha logrado ya dentro de él.

Marq. Pues bien, si él lo ha dicho, que sea. Pero á otra cosa que importa mas. Vm. me ofreció la mano de su señora hermana...

Hipól. Sí señor; y si vm. se aprovecha de lo que acaba de oir, será digno de ella; porque mi hermana es una jóven juiciosa, que jamas ha estado en Francia...

Marq. ¿Jamás ha estado en Francia? Abur, señores.

Toma el sombrero, y echa á correr.

A Don Hipólito.

Lesm. Déme vm. un abrazo, pico de oro. Gracias á Dios que salimos de ese loco. Y tú, hermano, ¿en qué piensas? Habla, ¿no te cura este remedio?

Panc. Pienso en abrazar á D. Hipólito. Ven, hijo

mio ; tu remedio es doloroso como una cantárida , pero ha llegado á tiempo de salvar la vida al enfermo.

Arrodillándose.

Inés é Hipól. ¡O padre mio!

Levantándolos.

Panc. Venid á mis brazos , queridos hijos.

A él.

Ginés.

Ginés. ¿Qué , ya no soy garzon?

Panc. No ; pero siempre serás un criado fiel. Vamos á despojarnos de estos vestidos , y tú cuidarás de que todos se conserven en los mismos cofres , para que me recuerden mi ridiculez , si el diablo me vuelve á tentar. Vm. , señor Escribano , guarde el suyo , si gusta , para memoria de este suceso ; y si él sirve para corregir la preocupacion de las personas extravagantes , quedarán premiados los desvelos de una Española amante de su nacion , que por desterrar este defecto , ofrece esta pequeña pieza á la diversion del público.

FIN.